

La Generación De Sociólogos De Los Setenta Post-Golpe: Una Cuestión De Poder.⁴¹

Pedro E. Güell⁴²

Las generaciones intelectuales no emergen a la vida gracias a las fechas que alguien marca en un calendario. Ellas surgen a partir de las experiencias particulares que hacen grupos concretos de personas frente a los acontecimientos que ocurren en su tiempo y gracias a las formas en que los interpretan. Es normal que personas de edades parecidas dentro de un rango amplio se vean enfrentadas a situaciones similares. Es normal también que se nutran de las ideas y sensibilidades que circulan en esa época. Así, no es raro que grupos de edades similares vivan y entiendan su época a la luz de esas sensibilidades comunes. Las generaciones son una autocreación. Desarrollan una conciencia de sí, una voz propia y, a veces, una propuesta.

Las generaciones tienden a ser grupos de edades próximas que desarrollan una conciencia similar frente a experiencias relativamente comunes al interpretarlas a la luz de ideas parecidas. Eso hace que la novedad que a veces viene con los grupos de edad se acople con la novedad que a veces existe en las situaciones históricas y con la novedad que a veces se produce en las ideas y sensibilidades. Hay ocasiones en que un segmento de esos grupos de edad se hace consciente de esa novedad y la plantea como una propuesta de cambios. En esos casos podría hablarse de que existe una generación.

Las generaciones son un hecho de poder. A veces del poder de las ideas, a veces del poder de la estética y otras del poder de la política. No sólo imponen en su época una interpretación del futuro. Ellas desarrollan también una interpretación del pasado y del presente. Esto las lleva a enfrentarse – en las ideas, la estética o la política – a las generaciones anteriores. Lo normal es que éstas se resistan, pues en esa crítica están en juego sus poderes reales y el sentido de su identidad histórica. Cada generación está inevitablemente atravesada por sus relaciones con las otras generaciones⁴³.

⁴¹ Muchas de las ideas que estructuran estas notas provienen de conversaciones con Manuel Canales. Este texto se ha nutrido además de antecedentes e ideas aportadas por Sergio Martinic, Francisco Estevez, Oscar Soto, Eduardo Yentzen, Gonzalo de la Maza, Susana Levy. Conversaciones con Norbert Lechner permitieron poner algunos hechos en perspectiva. Cristóbal Rovira contribuyó con las preguntas de la más reciente generación de sociólogos. A todos ellos, especialmente a Manuel, les doy las gracias. Las inexactitudes del resultado final son, sin embargo, de mi exclusiva responsabilidad.

⁴² Sociólogo de la Universidad de Chile (1983), doctor en sociología por la Universität Erlangen-Nürnberg. Investigador del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

⁴³ El concepto de generación empleado es tributario del énfasis puesto por Mannheim en la posición, la experiencia y la interpretación como definitorios de una generación. Mannheim, Karl, *The problem of generations*, en *Essays in the Sociology of Knowledge*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1952, 276-322.

¿Existe en Chile una generación sociológica de los setenta post-golpe? Si la respuesta es afirmativa, ¿cuáles son los hechos históricos distinguibles en el calendario que marcan sus experiencias? ¿Cuáles son las sensibilidades e ideas a la luz de las cuales interpretaron los hechos? ¿Dónde están las huellas de su autoconciencia? ¿Dónde su propuesta para hacer de sí los actores que mueven la historia? Finalmente, y en relación al objeto más preciso de estas notas, ¿hay una imagen particular del poder que se desprenda de su identidad generacional o sólo se trata de nociones casualmente yuxtapuestas producidas por actores de edades similares?

Son muchas preguntas en una. Imposible responderlas todas de una vez. Por varias razones. Estas preguntas no han sido trabajadas satisfactoriamente hasta ahora. El tiempo de los hechos está todavía muy fresco. Tal vez incluso el trabajo de autoconstrucción de esta generación está recién comenzando y es muy apresurado sacar las cuentas. Finalmente, estas preguntas ponen sobre el banquillo al autor de estas notas y a sus informantes y las emociones encontradas tienden mucha niebla sobre el asunto.

Intentaremos simplemente delimitar estas preguntas mediante algunas sugerencias preliminares. Adelantemos que es posible observar que existen las condiciones demográficas, las experiencias históricas, las sensibilidades y las ideas para la formación de una generación sociológica de los '70 post-golpe. Ella, sin embargo, no se ha constituido hasta hoy ni como autoconciencia explícita ni como propuesta. En ello ha jugado un rol el poder. Por una parte, por la forma en que el poder se ha organizado en torno suyo, tanto en las estructuras del país como en su entorno más inmediato. Por la otra, por la concepción del poder con la cual representaron su situación y construyeron un sentido para resistir y para actuar. De esta manera, preguntarse por la noción de poder en la generación aludida no puede ser simplemente una pregunta por una noción más, sino por las venturas y desventuras de una identidad.

1. La experiencia originaria.

Se puede afirmar sin mucho esfuerzo la existencia de un grupo que entre la segunda mitad de los '70 y la primera mitad de los '80 compartió experiencias similares en edades similares. Son quienes por su edad despertaron a la conciencia de su existencia en sociedad poco antes o poco después del golpe del '73, se insertaron al mundo laboral a fines de los setenta y principios de los ochenta, organizaron su vida familiar independiente a mediados de los ochenta. Ellos, más allá de sus preferencias políticas, se hicieron adultos en las condiciones objetivas y subjetivamente muy particulares de una dictadura, de una economía privatizada, de una vida pública casi inexistente y de relaciones personales, por lo mismo, sobrecargadas de subjetividad. En el año ochenta contaban entre 18 y 26 años de edad. Hoy tienen aproximadamente entre cuarenta y cuarenta y ocho años.

Pero hasta aquí llegan las similitudes. Dentro de ese entorno común la delimitación de una generación sociológica tendrá que hacerse realizando muchas distinciones. La primera es la que separa los mundos de experiencia de aquellos que se sentían ganadores o herederos de los ganadores en la gesta golpista y la de aquellos que se sentían parte de una historia

truncada y perseguida. No hay una generación sociológica post-golpe entre los ganadores. Entre otras razones porque las ciencias sociales no fueron su medio ni las necesitaron para explicar o justificar su situación. Lo cual no quiere decir que no haya una generación de los '70 post-golpe que haya hecho suya y proyectado la historia triunfal que relató la dictadura. Tal vez sí la hay, pero la comprensión y realización de su rol se apoyó en otros lenguajes, principalmente el de la economía y el derecho.

Para los otros, que leían o aprendieron a leer su situación desde la pérdida y el miedo, los hechos fueron radicalmente nuevos, incomprensibles y aterradores. Ninguno de éstos podía echar mano a experiencias, ideas y sensibilidades propias vividas con anterioridad para explicarse su situación. Por lo mismo les resultaba difícil tomar distancia de ella. No estaban *frente* a una dictadura, vivían *en* ella. Les resultaba totalizante y absorbente, en buena parte por el miedo a un castigo ubicuo, impredecible y mortal.

No son la generación derrotada, porque no alcanzaron a portar en nombre propio las banderas de alguna batalla anterior. Eran acompañantes de sus padres y hermanos mayores. No son tampoco hijos de la dictadura. Estaban muy grandes para eso y entraron a ella sabiendo que una sociedad distinta había existido antes. La experiencia difusa de la efervescencia social previa al golpe les resultó fundamental. Ella permitió mantener la intuición de que existía un poder y una épica que pertenecía a la sociedad. Desde esa intuición la dictadura aparecía como alejamiento de algo difusamente deseado más que como derrota de algo intencionalmente planeado y buscado.

El referente propio de que disponía inicialmente este grupo de edad para comenzar a organizar su distancia y su identidad frente a la dictadura era precario. Su marca de origen es el desconcierto de la discontinuidad y la precariedad de la orfandad. Desconcertados por la ausencia de un sentido de continuidad histórica con aquello que habían experimentado como deseable y valorable y cuyos ecos lejanos todavía se hacían sentir. Desconcertados ante la ausencia de una historia que les sirviera de punto de apoyo para interpretar la particularidad de lo que vivían. Huérfanos de padres que, sumidos en la derrota o en el silencio, se sentían con poca autoridad para hablar a nombre de la realidad y explicar los hechos. Huérfanos de maestros que, dedicados más bien a la autocrítica o la supervivencia en lo dado, tenían poca capacidad para alentarlos a romper con lo heredado y forjarse un futuro propio. Huérfanos, en fin, porque tuvieron que hacer el recorrido a la adultez bastante desprovistos de referentes tales como instituciones, partidos, clubes.⁴⁴

Ese espacio de experiencia y las sensibilidades que provocó, creó la base de un escenario dónde podían surgir grupos que desarrollaran un relato generacional. ¿Cuáles son los contornos y contenidos de ese escenario para los jóvenes del post-golpe?

2. La derrota

⁴⁴ Rodrigo Cánovas muestra en sus estudios de la literatura de este grupo de edad que el sentimiento de orfandad es el rasgo común que se expresa en sus escritos. Cánovas, Rodrigo, *Novela chilena. Nuevas generaciones. El abordaje de los huérfanos*. Santiago de Chile. Ed. Universidad Católica, 1997

Tras el golpe, la generación anterior, portadores de la épica y de las categorías del 68, se abocó a ordenar la cronología de lo vivido hasta el fin de la democracia. Eso dio lugar a la conciencia, difícil sin duda, de la derrota política. De ahí se pasó a la crítica de los conceptos y teorías a las que en parte hacían responsable de ella. Un marxismo vulgar y una teoría voluntarista de las vanguardias habrían impedido ver los procesos reales que se incubaban bajo sus pies. No habían sabido entenderlos ni menos conducirlos. La derrota lo es de la autoimagen que las generaciones anteriores se habían hecho de sí mismas como observadoras y conductoras del proceso. En esa época es vivida una derrota generacional.

Hay que decir que su derrota fue más bien una postergación. Con otras categorías y con otros modos de conducción, la generación del '68 pudo consumarse como actor en el escenario de la transición. “Habría que ser muy imaginativo para considerar que esta generación que participó en una transición tan exitosa sea una generación derrotada. Hemos construido un país con grandes fortalezas, hemos ayudado a que Chile se sustraiga de las enormes crisis del continente. No es poca cosa, no es mucho tampoco; no es todo lo que hubiéramos querido. Pero llamarle derrota a haber gobernado el país durante doce años...” Enrique Correa en La Nación, Domingo, 11.08.02. Notable capacidad de reciclamiento que, por lo demás, no es ajena a las desventuras históricas de la generación del post-golpe.

A partir del año '76 la generación anterior dio un giro importante. Asumió no sólo que sus categorías previas no habían sido adecuadas a la situación anterior, sino que tampoco daban cuenta de la situación actual. Emergió entonces la conciencia de que las políticas de la dictadura estaban creando fenómenos sociales nuevos. El artículo testimonial de Eugenio Tironi publicado en 1979, “Solo ayer éramos dioses” da cuenta de esa conciencia. “Es innegable: el escenario ha cambiado casi enteramente. Esto hay que reconocerlo y asimilarlo para saber pararse arriba adecuadamente, sin repetir pasajes de otros actos o de otras obras, por clásicas que sean. Es un escenario que nos han impuesto; y respecto del cual la gran mayoría de los chilenos no tiene alternativa material posible. Tenemos la obligación, entonces, de aprender a vivir, así, como todos, en este nuevo universo; a rehacer aquí un quehacer cotidiano que nos integre al devenir de todos. No para aceptar este universo, sino para cambiarlo; no tampoco para evadirlo urdiendo una y otra escapatoria formal en un presente porfiadamente nostálgico de un rol sin tierra, tiempo ni lugar” (Revista Análisis, 30, enero 1979).

Tenían que aprender a vivir en una realidad que experimentaban ajena, sobre la cual poco podían hacer. No querían apelar a la nostalgia, pero tampoco colgarse de una utopía. A pesar de todo, y de modo emocionalmente voluntarista, afirmaban que la propia identidad pasaba por cambiar la situación. ¿Cómo, hacia dónde? Ellos no lo sabían. Menos aún podrían decírselo a quienes esperaban aprender de ellos.

Este es el punto cronológico, emocional y sociológico que traza la línea de partida del ambiente en que tuvo que desarrollarse la generación de estudiantes de sociología de la segunda mitad de los setenta. Desde allí se ve empujada a la búsqueda de un sentido teórico y emocional nuevo para interpretar las paradojas del presente, para justificar la resistencia, iluminar el cambio, resistir el miedo y la marginalidad. Un sentido que además permitiese

dejar atrás el realismo escéptico de la generación derrotada, que siempre amenazaba con cubrir todo con su sombra.

3. La discontinuidad propia

La discontinuidad de la épica social y de la forma política derrotada con el golpe de estado abrió en esta generación no sólo la pregunta por la sobrevivencia, sino también la pregunta por la continuidad. ¿Dónde estaba la continuidad no derrotada de la historia de la democracia y de la participación que alcanzaron a intuir? ¿Dónde aún los pasos del pueblo-nación en cuyo nombre actuaron las generaciones anteriores y cuyas arengas aún resonaban en la memoria? Estas eran para ellos preguntas urgentes. Sin esa continuidad no era posible levantar un espacio y un tiempo alternativo que mitigara el presentismo agobiante que surgía del miedo y la persecución. Sin ella tampoco era posible levantar un sentido de herencia y de misión a nombre del cual adquirir una identidad colectiva como grupo generacional.

La generación anterior tampoco pudo aportar el sentido de continuidad histórica. Su propia supervivencia como generación pasaba por afirmar las discontinuidades, incluidas las de sí mismos. No se trataba únicamente de criticar y no repetir los errores del pasado. Había que aceptar el carácter inédito de la realidad creada por la dictadura, la que además no podía ser entendida como un mero paréntesis ni como una realidad efímera, modificable a voluntad. La posibilidad de realizar su vocación generacional de conducción nacional, descubierta en los sesenta y aún no puesta en duda, les exigió reconocer que entre su historia y su futuro había muy poco en común. Sin más esa conclusión fue proyectada sobre la propia historia del país. No poder mirar más allá de sí mismos para buscar una respuesta a sus dramas históricos es el sino inevitable de una generación que creyó que su voluntad era más fuerte que la realidad.

“La derrota que sufrimos en Chile tuvo una característica propia: fuimos derrotados culposos. Derrotados a sabiendas que había errores que no podíamos volver a cometer. Pienso que la pasión por no reeditar ciertas equivocaciones nos ha conducido a actitudes que hieren la sensibilidad de muchos y respetados dirigentes más clásicos y más históricos”, Enrique Correa, (La Nación Dominical, 11.08.02)

Las únicas respuestas a la pregunta por la continuidad de un sentido histórico eran las negativas: no estaba en la política tal cual la conocían en ese momento, no estaba en la historia de las instituciones con las cuales debían relacionarse, no estaba en el depósito de las teorías que les enseñaban. Esta negatividad fue, tenue y precaria, el sentido básico de continuidad con el pasado y de identidad con la generación anterior: estaban hoy contra la dictadura, que representaba la historia de la opresión contra la sociedad.

Pero era una identidad precaria que no permitía llenar el vacío de sentidos y de referentes que se requerían para construir una identidad. No tenían ni historia propia ni herencia dejada por sus antecesores. Debían pues encontrar una historia real de la cual ser actores. Debían también encontrar un referente para construir una distancia frente a la dictadura distinta al puro miedo y a la indignación. Los jóvenes cientistas sociales se afanaron en la

búsqueda de una continuidad positiva que permitiera organizar una historia con sentido de futuro.

Esta búsqueda contiene una imagen del tiempo distinta a la que comienza a construir por esos años la generación anterior. La generación del '68 observaba la discontinuidad entre el pasado y el presente como condición para dotarse de un futuro. Ellos ya tenían una vocación generacional y no necesitaban descubrirla. Su presente era duro, pero sabían quiénes eran ellos mismos. El pasado solo existía como intento fallido. Por el contrario, la generación del ochenta buscaba la continuidad con el pasado para darle sentido a su presente. Concentrados en el futuro, la generación anterior no vio que los que le sucedían tenían un problema de sentido en presente. La diferencia de temporalidades separará hasta fines de los ochenta a parte importante de estas dos generaciones.

4. Los jóvenes sociólogos en la universidad

Después del golpe el espacio institucional de las ciencias sociales fue intervenido y recortado. Sin embargo, algunos comenzaron sus estudios en esos años. La Escuela de Sociología de la Universidad Católica admitió alumnos hasta el año 1975 y la Escuela de Sociología de la Chile, con algunas intermitencias importantes, permaneció abierta. Algunos de los alumnos de carreras que cerraron, especialmente de regiones, continuaron sus estudios después en la Universidad de Chile. Entre los años 74 y el 85 no menos de doscientos jóvenes iniciaron sus estudios en sociología en Chile. La casi totalidad de ellos se identificaban con la oposición al régimen militar. Es en ellos donde se debe rastrear la existencia de una generación sociológica.

Estos jóvenes compartieron la orfandad y el desconcierto inicial de sus pares. Compartieron también la urgente búsqueda de continuidades y sentidos para el presente. ¿De qué manera específica fue vivida esa situación desde la perspectiva de estudiantes y luego trabajadores de la sociología?

Como a todos los sociólogos de todas las épocas les interesaba la sociedad y las dinámicas que la afectaban. La observaban como a un objeto con reglas propias y además se preguntaban como mejorarla. Esto le dio un tinte particular a su orfandad. Si algo persiguió afanosamente la dictadura, con sus leyes, sus discursos y sus garrotes, fue hacer desaparecer a la sociedad. La idea de que existía un actor con historia propia distinta a la historia militar de la nación, con vocación de autodeterminación y que reivindicaba derechos, le resultaba una amenaza a su proyecto de refundación ex-nihilo de Chile. El mercado y su tutela militar era una propuesta de reorganización de la sociedad que permitiría eliminar las amenazas al poder de la oligarquía que se venían acumulando en la historia de la sociedad real de Chile.

La negación de la sociedad se hizo sentir en el debate público y en los currícula de sociología, especialmente en la Universidad de Chile. El reloj de la teoría volvió al tiempo previo al marxismo y a las abstracciones previas a la realidad. Se enseñó mucha taxonomía funcionalista y mucha medición y estadística. Se enseñaban las dinámicas de una sociedad atemporal. De Chile no se hablaba en presente. Menos aún del sentido histórico de ese

presente. Los buenos profesores lo eran más por la capacidad para empatizar con los dramas generacionales de sus alumnos que por su capacidad para proponer perspectivas teóricas para entenderlos. No era en las escuelas universitarias dónde podía encontrarse el sentido, por lo menos el sociológico.

La universidad no fue tampoco un espacio de desarrollo de una identidad profesional académica. Salvo ocasionales y precarios trabajos como ayudantes, a los cuales accedían los menos, los estudiantes de sociología no fueron incorporados a las precarias comunidades académicas existentes. Hay que decir que tampoco insistieron demasiado por ser incorporados. La academia no fue una reivindicación estudiantil. Su demanda fue la democracia a secas. En general, hasta hoy el grupo de científicos sociales del inmediato post-golpe no se ha desarrollado en el marco de carreras académicas universitarias.

Pero no hay que exagerar. La vida universitaria de esos años no fue mala. Allí se desplegaron los afectos y las conversaciones. Allí se organizaron núcleos de reflexión y de protoactividad política. El sentido de camaradería y los primeros amores tuvieron allí un lugar lleno de sobresaltos, pero un lugar al fin. Un lugar que permitió algún grado de distancia afectiva, política e intelectual frente a la agobiante contingencia del miedo.

Hay que hacer una distinción en este mundo de los estudiantes de sociología. Estaban aquellos a los que les bastaba la universidad, pues sus aspiraciones eran básicamente profesionales. Estaba el resto, que se sentía heredero, por razones de historia política o por simple afinidad intelectual, de la misión sociológica de dotar de sentido al cambio y de oponerse a los oscurantismos.

En la Universidad de Chile estaba más presente la aspiración profesional de la clase media; en la Católica, la vocación intelectual de la clase alta. En cualquier caso, la distinción radicaba en el empeño de unos para establecer un vínculo entre la teoría sociológica y los problemas del país, y en el empeño de los otros por obtener herramientas profesionales para campos específicos de la vida institucional. Esta distinción fue temporal. Años más adelante, durante la transición, la profesionalización y privatización de los primeros los llevaría a reencontrarse con los segundos. Pero la búsqueda de una respuesta generacional a la demanda por el sentido estaría por esos años en manos del grupo más intelectual y político.

Este grupo hizo sus armas sociológicas en parte fuera de la universidad y a punta de voluntad. Círculos de estudio, discusiones privadas con antiguos próceres de la sociología, lecturas sugerentes encontradas al azar y comentadas en los patios. Se organizaron y recorrieron los pasillos, siempre estrechos, de los nacientes centros académicos independientes en busca de bibliografías, docencia y reconocimiento.

Pero eso todavía está muy distante de ser una generación y más aún de ser una generación intelectual en ciencias sociales. Para ello tenemos que aproximarnos más a la esquina específica de los científicos sociales que se constituyen en ese escenario.

5. La academia independiente

La generación anterior que no partió al exilio dedicó buena parte del tiempo inicial a recomponer sus espacios de trabajo fuera de la institucionalidad pública y universitaria. Sus contactos con el extranjero, tanto con las organizaciones académicas como políticas, sirvieron de base para esa recomposición. Allí se desarrolló una crítica intelectual a las perspectivas del pasado, se recibieron los influjos de las nuevas tendencias del debate internacional, se realizaron diagnósticos sobre los cambios sociales bajo la dictadura y se desplegó un análisis de las tendencias y potencialidades de las coyunturas políticas.

En términos de producción teórica y empírica la actividad de los centros fue fecunda. La crítica al pensamiento monolítico y a las historias lineales permitió la ampliación de la reflexión hacia una diversidad de temas. Pese a esta diversidad, predominaba una tendencia relativamente común, acorde a la opción por la discontinuidad que había hecho la generación anterior. En general, la discusión se centró en las dinámicas de la nueva realidad y en las oportunidades que ella abría para la reconstrucción futura del juego político. Para ello se privilegió un debate más bien formal sobre la especificidad de la política y de las reglas del juego de la democracia. La historia y la utopía estaban relativamente ausentes en la discusión. El presente político tendía a observarse por sí mismo mediante el análisis de coyuntura, tal vez una de las actividades más características del período.

Las ciencias sociales post '73 que se desarrollaron fuera de las universidades no fueron un espacio propicio para que los sociólogos de la generación post-golpe organizaran sus preguntas y les buscaran respuestas. No se trató sólo de las orientaciones teóricas seguidas por aquéllas. Tuvo que ver también con el tipo de vínculos institucionales y personales que se estableció entre generaciones al interior de los centros académicos independientes.

Los centros académicos independientes no tuvieron una política hacia la nueva generación, salvo ciertos programas de investigadores jóvenes hacia mediados de los ochenta.⁴⁵ Esto fue en parte fruto de la escasez de recursos. Pero también de otros factores. Los centros académicos independientes no desarrollaron sistemáticamente la docencia, pues tampoco disponían de la capacidad para otorgar grados académicos. Esto se vio reforzado por la nula relación que existió entre los centros académicos y las universidades.

Los centros académicos fueron organizaciones relativamente cerradas. Las condiciones de su institucionalización, así como las necesidades financieras y de seguridad, hicieron que ellos se organizaran en torno a “cierres” y “anillos interiores” que permitían asegurar condiciones de estabilidad a los grupos de investigadores mayores. Pero, al mismo tiempo, dejaban fuera a los nuevos investigadores o, en el mejor de los casos, los incorporaban de manera subordinada.

Un factor adicional en la relativa distancia entre centros académicos y la nueva generación fue el carácter internacional de sus redes. Los investigadores de estos centros se integraron a redes de financiamiento y de debate que operaban transnacionalmente. A pesar de cierta especialización en las distintas redes internacionales, se creó una cierta comunidad de

⁴⁵ Sobre este punto Brunner, José Joaquín; Barrios, Alicia, *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Brasil, Chile y Uruguay*. FLACSO, Santiago, 1987, págs. 189-192.

debates, especialmente en torno a CLACSO. En ella se nucleaban los intelectuales latinoamericanos, cuyo espacio de trabajo en los respectivos países había sido drásticamente reducido por las dictaduras respectivas. Su gran tema fue la construcción de la democracia y la relación de ésta con las nuevas realidades como el mercado, la debilidad de los movimientos sociales, etc. Tal vez este carácter transnacional presionó a que su debate estuviera más centrado en las formalidades de la democracia y del cálculo político que en su contenido histórico específico para cada país.

La nueva generación estuvo materialmente ausente de esas redes. No participó de los encuentros ni de los financiamientos ni de los espacios de publicación que ella desarrolló. Ella asistió, a lo más, como espectadora al desarrollo del debate intelectual más activo y extenso que hayan conocido las ciencias sociales en América Latina. Estando al margen de ese espacio, a los jóvenes científicos sociales les fue muy difícil llamar la atención de los mayores sobre sus propios trabajos.

Pero tal vez lo más importante fueron los estilos de acción y reflexión con que se caracterizaban los jóvenes. Ellos fueron, en parte, el resultado de la propia división del trabajo intelectual en la que estaban insertos. Como se verá, los jóvenes encontraron un espacio propio en el trabajo orientado a la reconstrucción de la trama social en la base. Los investigadores de la academia alternativa desconfiaban del trabajo de base y del populismo que animaba a los más jóvenes. Lo acogían a regañadientes por razones presupuestarias, pues parte del financiamiento internacional se canalizaba hacia allá. Desconfiaban también de la existencia de un sujeto popular y de que sus saberes fueran la fuente de un proyecto político alternativo, lo cual formaba parte del corazón teórico e ideológico de la nueva generación. Por lo mismo, es probable que las más de las veces los jóvenes los exasperaran.

Estas diferencias y distancias no cristalizaron en una crítica sistemática por parte de los científicos sociales jóvenes. La propia debilidad de la práctica propiamente intelectual de los jóvenes la hacía difícil. La relación dependiente y personalizada con los mayores, allí donde compartían espacio y actividades comunes, tampoco contribuía al desarrollo de la crítica. Pero esa carencia tiene que ver también con el lugar desde donde esa crítica podía realizarse. La generación de los ochenta tuvo más bien una praxis testimonial, la legitimidad que se atribuía provenía de su compromiso con la acción de base. La autoridad de su saber se remitía a la representación de la sabiduría popular. Si algo hubo de enfrentamiento con la generación anterior, fue enrostrarles la falta de compromiso desde un discurso más testimonial que intelectual. Más irritaba el “aburguesamiento” o la falta de “praxis” de un prócer sociológico que la relativa inadecuación de sus ideas.

A pesar de la poca permeabilidad de los centros académicos independientes, fue posible algún grado de encuentro entre ambas generaciones. En buena parte, la generación se formó en los centros académicos independientes, en sus márgenes, en sus pasillos y en la generosidad de sus bibliotecarias. Ello permitió algunas lecturas comunes, como el caso paradigmático de la obra de Gramsci. Aunque puede sospecharse que ambas generaciones leyeron cosas distintas en los mismos libros. El encuentro se produjo especialmente en torno a los estudios sobre la vida cotidiana, sobre sus actores y dinámicas. Juventud, mujer, estrategias de supervivencia, economía popular, sexualidad, prensa, religión popular, fueron temas de encuentro intergeneracional. Los temas del Estado, del mercado y de las

instituciones políticas, centrales en la reflexión de los mayores, no captaron, en general, el interés de los jóvenes.

El gran aporte de los centros académicos independientes a la nueva generación fue el haberle proporcionado una cierta idea de lo que podía significar un intelectual y cuáles eran sus comportamientos. También fue decisiva la experiencia de debate e investigación interdisciplinaria realizada en los centros. De ahí en adelante parece más adecuado hablar de una generación de científicos sociales que de sociólogos. Si existe alguna identidad generacional de los científicos sociales de los ochenta ella tiene una de sus principales fuentes en su relación con los centros académicos independientes. Las debilidades de esa identidad en parte también provienen de esa relación.

6. El trabajo de base

Ya hacia el año 1976 grupos de estudiantes universitarios de ciencias sociales comienzan a organizar actividades con el fin de recuperar espacios de expresión frente al silenciamiento que imponía la dictadura. Esto era efecto tanto de su propia sociabilidad juvenil, como de las primeras directrices de los partidos a sus cuadros. Pero la organización de las actividades no se apoyaba ni en los lenguajes ni en las estructuras partidarias. Sólo un iniciado sabía que había alguien detrás. Es más, muchas veces sus propios organizadores intentaban mantener a raya a los partidos. Las actividades culturales aspiraban a ofrecerle un espacio precisamente a la gran masa de estudiantes no politizados.

Por esa misma época se reinicia el trabajo en poblaciones, impulsado desde varios frentes. Por una parte, desde la misma estrategia de algunos partidos de abrir espacios de encuentro y expresión. Por la otra, como resultado del trabajo solidario y formativo desarrollado por las iglesias. La organización y conducción de estas iniciativas dio lugar al surgimiento de ONG orientadas básicamente a la acción y con un componente de reflexión vinculado a las necesidades de aquella. Como efecto de la propia atomización de las actividades opositoras, el trabajo cultural universitario y el trabajo poblacional permanecieron relativamente desconectados hasta fines de los '70.

Hacia los '80 habían madurado un conjunto de condiciones que hicieron posible, para un grupo de científicos sociales de la generación, una cierta unidad entre actividades culturales universitarias, vínculos políticos y trabajo en organizaciones de base. La crítica a las tendencias cupulares de los partidos opositores, inevitable en el período inicial de la dictadura, impulsó renovación de las ideas y de los modos de hacer política. De la mano de esa renovación, las realidades culturales y cotidianas de un mundo social escasamente politizado adquirieron más espacio en la reflexión. Algunos influjos sociológicos, especialmente provenientes del extranjero como los textos de Foucault o Heller, reforzaron la tendencia a identificar política y vida cotidiana. Además, las tramas de los partidos de izquierda, especialmente los de origen cristiano, eran ya lo suficientemente extensas como para permitir un tránsito entre los distintos ámbitos – culturales, universitarios, políticos, eclesiales – del trabajo de base.

Es en ese escenario donde se instaló buena parte de la generación de científicos sociales del post-golpe. Ellos trabajaron como animadores y educadores en proyectos de desarrollo comunitario en el ámbito poblacional y sindical. Su misión era la creación de vínculos, la recuperación de la autoestima y de la memoria colectiva, la profundización de su conciencia social. Tres notas son características de esta práctica. Primero, la informalidad y espontaneidad de los vínculos. Las organizaciones de base tenían una débil institucionalización y no apelaban a la formalidad jurídica para existir. En ese contexto, la voluntad y el sentir común aparecían como el verdadero motor de la sociedad. Esto marcó el tipo de afinidad teórica que desarrolló la generación para entender a la sociedad. Segundo, ese vínculo era fuertemente personalizado y se constituyó básicamente en la oralidad. Parte del auge en ese período de los métodos cualitativos tales como historias de vida, historia oral colectiva o evaluaciones participativas, tienen su origen en el trabajo de base. El énfasis en la oralidad como fuente de la trama y del debate social puede explicar la relativa distancia que mostró este grupo de científicos sociales hacia la escritura. Tercero, el trabajo intelectual era visto como sistematización de dinámicas que se consideraban autónomas del trabajo intelectual y a las que se atribuía preeminencia temporal y valórica respecto de éste.

El surgimiento de esta especificidad de los estilos de acción y reflexión tiene que ver con los espacios concretos de acción a los que pudo acceder la generación. Tiene que ver también con el tipo de fuentes de inspiración de las cuales se nutrieron. Esto se verá más adelante. Pero tiene que ver, más concretamente, con el tipo de fuentes de financiamiento que enmarcaron su actividad profesional. En la época existen dos tipos de financiamiento distinto al que acceden los científicos sociales. Por una parte, estaba el financiamiento académico de las fundaciones internacionales como FORD, Fullbrigh, CLACSO, que estaban orientados a la reconstitución de la academia, y las fundaciones vinculadas a los partidos progresistas, especialmente europeos. Este financiamiento, normalmente orientado al desarrollo institucional, permitió la actividad académica y fue captado por la generación anterior. Por otra parte, existía el financiamiento de las iglesias y de la cooperación internacional de los estados progresistas, que se justificaba como mitigación de las condiciones de miseria y desamparo de los pueblos del tercer mundo. Esas fuentes eran recelosas del gasto en investigación y exigían promoción directa. Allí se instaló, en general, la generación de los ochenta

7. Los materiales prestados para la construcción de una identidad

En este escenario se produjo un cierto debate y reflexión propia de la generación. Esto le permitió dar alguna expresión y organización discursiva a lo que de hecho ya llevaba algunos años haciendo: la difícil recomposición de la trama y de la sensibilidad opositora no organizada en partidos. Se trataba de interpretar las dinámicas del movimiento social de base como signos de la pervivencia y fortalecimiento de lo público, de lo colectivo y de lo histórico. Precisamente aquello que habían alcanzado a saborear de niños y que ahora requerían como del oxígeno. A través de su reflexión, los jóvenes científicos sociales le dieron carácter de proyecto a la experiencia que consideraban propia: la recomposición de lo alternativo y de lo colectivo en los pliegues de una trama cotidiana incipiente.

A la formulación discursiva de esa experiencia contribuyeron varias fuentes. La primera y más importante fueron los debates en torno a Gramsci. En ellos se afirmó el carácter cultural de un sujeto social popular que trascendía con mucho la óptica de clase y se adentraba en la diversidad de actores de la vida cotidiana. Hay que decir que la recepción de estos debates fue generacionalmente interesada. Se destacaron aquellos aspectos que permitían ordenar y dar estatuto intelectual a varios elementos dispersos que hacían sentido al grupo generacional. La crítica a la política de élite permitió dar una dignidad a su posición marginal dentro de los partidos. La defensa de los intelectuales orgánicos y la primacía de la praxis permitieron elaborar también una dignidad y un principio de contestación frente a los intelectuales de los centros académicos independientes, respecto de los cuales también se sentían marginados. Permitió también legitimar como trabajo intelectual el activismo en la base. Esto ayudó a no hacerse demasiados problemas con la escasa actividad y producción intelectual en sentido clásico que comenzaban a mostrar los jóvenes sociólogos.

Varias otras fuentes ayudaron también a proveer de discurso y conciencia a la experiencia y práctica propia de la generación. La tradición del populismo de raíz católica es una de ellas. La “ida al pueblo” como misión de las élites políticas e intelectuales tiene una antigua tradición en el mundo católico. Ella se vio reforzada en Chile a partir de los sesenta, al calor del Concilio Vaticano y de la radicalización política de las juventudes universitarias católicas. El mundo pobre y desorganizado del campo y de los márgenes de la ciudad pasó a ser el objeto de la acción de los jóvenes de la época. Se esperaba realizar en ellos una labor testimonial y profética, orientada más por la radicalidad de los valores que por el realismo político. El encuentro del populismo católico con la tradición del socialismo permitió dotar al discurso profético de una densidad histórica y nacional.

La generación del '68 se formó, en una medida importante, a la luz de este discurso y su referente fue, aún por largo tiempo después del golpe, el sujeto nacional-popular. Este populismo fue parte de la exigua herencia que la generación anterior legó a los jóvenes científicos sociales educados después del golpe. Herencia no siempre reconocida por quienes la daban y ansiosamente acogida por quienes la recibían. Después de todo, ella permitía establecer algunas continuidades elementales para la formación de un sentido de identidad en los jóvenes sociólogos. Les permitía ser parte de la continuidad de la lucha histórica del pueblo chileno (¡existía un mundo alternativo a la dictadura!) y les permitía ser parte de una comunidad intelectual y política. Si bien esta continuidad y filiación era precaria y puesta en duda reiteradamente, era un gran avance en el inmenso mar de la orfandad de la generación post-golpe.

La herencia populista recibió un fuerte respaldo desde dos tradiciones adicionales. Por una parte, desde la teología de la liberación; por la otra, desde la educación popular de adultos. La primera transformó a la idea de acción en la base, o praxis, en un lugar teológico. Allí radicaban las verdades. La reflexión era un momento segundo que las sistematizaba y las representaba. La educación de adultos que se inspiraba en Paulo Freire transitaba por derroteros parecidos en lo que se refería a la posición de los intelectuales. La experiencia de marginalidad del trabajo intelectual recibía de ambas fuentes una dignificación, pero también una perpetuación.

El capital político de la generación radicó en su aporte a la reconstrucción de una trama cultural popular. Ella creó redes que fueron importantes a la hora de la reinstalación de la política partidaria, de la difusión de la renovación de la izquierda y de los intentos de movilización social de inicios de los ochenta. Su capital intelectual tendió a restringirse a la sistematización de la práctica social de base.

8. La experiencia y sus interpretaciones: las preguntas abiertas.

Las experiencias vividas y las fuentes desde donde fueron interpretadas hicieron surgir preguntas. En esas preguntas están las huellas de una búsqueda generacional. Tal vez la dificultad para encontrarles una respuesta colectiva satisfactoria explique las propias dificultades para constituirse en generación. Algunas de esas preguntas son: dónde hay un criterio de verdad que permita la superación del escepticismo y de las discontinuidades históricas, dónde radica el poder, cómo se asegura la eficacia de la acción colectiva.

1. ¿Dónde está la verdad? Las “verdades públicas” de esa época no eran creíbles. El rumor contenía siempre un desmentido, una versión distinta frente a los mismos hechos. El rumor hacía sentido, explicaba coyunturas y predecía eventos. Pero, ¿quién o qué podía demostrar su veracidad? La veracidad del sentido parecía indemostrable y no servía como argumento en el debate. Por su parte, la tradición propiamente científica de la sociología universitaria, si alguna vez fue, ya no era. No había una práctica de investigación fundada en una discusión sobre el conocimiento científico que proveyera a los nóveles sociólogos de un criterio legitimado acerca de qué era verdad y qué no. Esto era un problema existencial: no se disponía de “verdades” que enrostrarle a quienes mentían y forzarlos a una explicación, ni tampoco de verdades que iluminaran el camino para salir de la dictadura.

La categoría de ideología tampoco servía mucho para desmontar al enemigo. Se podía entender a través de ella por qué mentían quienes detentaban el poder, pero no servía para contradecirlos. No bastaba con saber que las opiniones de los otros eran interesadas, había que enrostrarles hechos indesmentibles. En la experiencia de la época, la reflexión sobre el conocimiento no estaba referida a la crítica de las distorsiones, sino a la búsqueda de un fundamento para la verdad. Ella aludía a la necesidad de encontrar un fundamento que dijera que lo vivido era cierto. La noción de ideología, desacreditada ya por la autocrítica de la generación anterior, no era funcional a las nuevas exigencias del presente ni al diseño del futuro.

Pero el conocimiento generado al interior del propio mundo opositor no parecía más seguro. Por una parte, las dificultades de la investigación empírica hacían que la mayor parte de sus publicaciones fueran ensayos de opinión. Opiniones cuyos emisores no siempre contaban con la credibilidad de los jóvenes científicos sociales, entre otras cosas porque aquellos no trabajaban en la base. Por la otra, el voluntarismo que inspiraba la llamada investigación-acción hacía de ésta más una orientación programática que una fuente de conocimientos. Servía más de descripción de las acciones que de interpretación de los hechos.

En este grupo de científicos sociales hubo una preocupación por las fuentes del conocimiento seguro. Especialmente sobre el mundo no directamente visible: las tramas del poder de la dictadura y las dinámicas de la subjetividad privada. Esto se expresó en algún debate incipiente sobre teorías del conocimiento y sobre la relación entre conocimiento y acción. Y generó cierta sensibilidad particular por las novedades metodológicas. La pregunta gnoseológica no era una pregunta técnica, sino una búsqueda de autoafirmación. Lo que importaba combatir era la mentira de los otros y el escepticismo propio.

“Para hacer frente a la falta de fe de la ciudadanía se hace necesario reconstruir lugares donde pueda volver a recaer la verosimilitud. (¡alguien en quien creer!). Se hace necesario enfrentar al régimen con la verdad. Las actitudes escépticas frente a ella y más aún el cinismo se suman a la corriente y son por ende contraproducentes.” Mario Alburquerque, *Crítica*. Segunda Epoca, mayo julio 1986.

2. ¿Dónde radica el poder? El grupo más vinculado al trabajo de base y a la incipiente actividad política había ido descubriendo una misión propia: la reconstrucción cultural de un sujeto social. Pero no tenía herramientas para llevarla a cabo. Estaba excluida del instrumental. Estaba fuera de dudas que el poder era la herramienta por excelencia. Y hasta entonces no se discutía que el poder radicaba en el estado, en la movilización social, en las armas y en el dinero. Sobra decirlo: ni los jóvenes estudiantes de sociología, ni sus mentores, ni la inmensa mayoría del país tenían nada de eso.

Pero la exclusión no se limitaba sólo al ámbito del Estado. Se extendía a las formas más concretas de reproducción personal e intelectual. La nueva generación tuvo un acceso muy limitado y subordinado a las redes institucionales que hubieran permitido aumentar sus capacidades de acción y reflexión. Estaban excluidos de las carreras académicas en la universidad y tampoco alcanzaron posiciones propias en las instituciones académicas alternativas. En los partidos su situación no era mejor.

La generación se hizo problemas con el poder. Primero, por razones obvias. La arbitrariedad militar y su capacidad para llenar de miedo todos los intersticios de la vida personal hacía del poder real y experimentable algo ajeno y amenazante. Segundo, por la incapacidad para generar siquiera algún gramo de poder propio que le permitiera relativizar, aunque fuera de principio, el poder ajeno. Por esta razón se vio obligada a pensar maniqueamente. El poder, o está en el estado y entonces es siempre un poder ajeno, o está en la sociedad, donde opera el no-poder.

Los jóvenes científicos sociales fueron receptivos a las ideas sobre el poder de los carentes de poder que circulaban en la época. El poder de la no violencia, de la memoria, de la solidaridad, de la conciencia, de la alegría era visto como un patrimonio de la sociedad y especialmente del mundo popular frente al poder institucionalizado de los opresores. El poder entonces adquirió un tinte fuertemente moral y testimonial. Esto tendría su efecto luego en la relación difícil que algunos establecieron con las dinámicas políticas que condujeron a la transición pactada.

3. ¿Cómo se organiza la acción? Descreídos de los procedimientos formales que garantizan la verdad y excluidos de las instituciones que administran el poder, los nacientes

intelectuales tuvieron una muy pobre experiencia de los procedimientos formales que conducen al saber y que regulan la acción. La que tenían era negativa: la represión y el silenciamiento. Esto hizo que todo lo que pareciera estructura e institución fuera sospechoso. Sospecha que provenía además de la majadería universitaria con una sociología funcionalista que insistía en las instituciones y las estructuras normativas para poder olvidar el incomodo tema del cambio.

Por lo demás, buena parte de lo que conocían de bueno era informal. Sus formas de aprender sociología en el bar, en la cuneta o en la casa de un prócer. Sus amores y vidas de pareja. Sus trabajos, como encuestadores, vendedores de seguros, como ayudantes sin carrera o investigadores sin contrato. Su militancia en movimientos sin nombre, ni sede ni timbre. Su participación en redes de trabajo solidario, de autoeducación y de movilización espontánea.

La reflexión sobre la eficiencia y sostenibilidad de las acciones, llámese crear un centro de alumnos, organizar un trabajo solidario, organizar una peña o hacer una revista, fue normalmente problemática. Había desconfianza en las “orgánicas”. Se temía a la manipulación, pero sobre todo se rehuía a la institucionalización. Por una parte ello podía matar las vitalidades e informalidades – ese campo sin límites donde la generación había descubierto cierta libertad. Pero también temor a la frustración, pues lo organizado y visible podía terminar roto por otros.

9. Las respuestas que no fueron.

Las experiencias vitales y las prácticas de este grupo de intelectuales, así como las fuentes desde donde buscaron darles un sentido, los condujeron a las preguntas reseñadas arriba. Probablemente son preguntas muy parecidas a cualquier grupo que busca definir una identidad como actor en el escenario político e intelectual. Esas preguntas sin embargo transportaban al mismo tiempo las huellas específicas de las experiencias generacionales. Huellas que exigían su formulación de una manera particular. La pregunta por la verdad se planteaba frente al escepticismo, la del origen del poder frente a la exclusión y la de la institucionalización frente a la desconfianza de las instituciones.

Los grupos de cientistas sociales del '70 post-golpe que se plantearon esas preguntas no pudieron sin embargo elaborar una respuesta generacional para ellas. Esto sugiere que no existe una generación de sociólogos o de cientistas sociales de la generación del setenta post-golpe. La explicación es compleja. Pero una parte importante de ella radica en la propia especificidad de su experiencia y en los estilos de acción y reflexión con los que la interpretaron y enfrentaron.

Primero, las preguntas descritas, aun cuando fueron relevantes y surgían de sus experiencias, no llegaron a ser formuladas sistemáticamente como tales. Menos desarrolladas mediante un debate sostenido. Quedaron como impresiones sueltas pronunciadas aquí o allá en encuentros informales o dichas al pasar en algún artículo de revista. Esas preguntas flotaron en el aire como una inquietud difusa. Los sociólogos de la generación no disponían de una práctica y de un espacio intelectual que les hubiese permitido transformar esas inquietudes en programas de investigación o de debate.

Por su parte su propio lenguaje los llevaba a ser reticentes a la formulación sistemática y sociológica de las preguntas que levantaban sus experiencias. Ello tiene varias razones. Eran reacios a las formulaciones intelectuales por la sospecha que tenían frente al carácter elitista y desprovisto de realidad de las teorías. Su tendencia antielitista y su autoimagen de intelectuales como voceros de las realidades cotidianas del pueblo los hizo además refractarios a plantear su propia experiencia personal y grupal como un objeto sociológico. Por otra parte era un grupo que no tuvo la experiencia de un público al cual hablarle. No sólo porque el ámbito de las ciencias sociales estaba restringido a estrechas redes de conocidos, sino porque tuvieron muy poco acceso a los medios de difusión de los debates en ciencias sociales. Su habla tenía un alcance muy limitado. Estaba referido al círculo de amigos y colegas. Frente a ellos era siempre mejor el lenguaje oral, metafórico y coloquial. Esto podría explicar por qué, hasta hoy, salvo excepciones, estos científicos sociales no publican sus trabajos ni trabajan para publicar.

Segundo, no contaban con lógicas de institucionalización que les hubiera permitido darle continuidad, espacio y vocería a su elaboración y respuesta a las preguntas que los acosaban. No lograron levantar liderazgos intelectuales propios. La generación tuvo intelectuales descollantes y carismáticos, pero no tenía la disposición para seguirlos, para crearles un espacio, para mostrarlos. No logró tampoco desarrollar espacios intelectuales perdurables. Se crearon cientos de iniciativas, desde círculos de estudio hasta revistas, todas ellas, salvo excepciones como la revista *Krítica* (19), de efímera existencia. Como para reafirmar que las instituciones matan la voluntad de acción.

Adicionalmente, la escasa práctica en la investigación empírica sistemática y la afirmación voluntarista del sujeto cultural popular, dificultó el reconocimiento de que las nuevas realidades, actores y demandas sociales surgidos durante la dictadura exigían categorías nuevas para pensar sobre el saber y las verdades públicas, sobre el poder y sobre la dimensión institucional de la acción. Salvo en un sentido puramente crítico, a los jóvenes sociólogos les costó pensar las transformaciones que acarrea el mercado, las privatizaciones y la individuación.

Finalmente, también hay una explicación también en la experiencia de la temporalidad propia de este grupo de jóvenes. El pasado les fue esquivo. Aquel del cual tenían experiencia, más como espectadores que como actores, y de cuya existencia podían dar fe, era el pasado inmediato del gobierno de la Unidad Popular. Pero la autocrítica de los mayores y su sentimiento de derrota impidieron que la historia social que se expresaba en ese pasado se convirtiera en un referente identitario rescatable. Por su parte el futuro, medido en las coordenadas de su impaciencia juvenil, estaba muy lejos. Además era difícil dotar de contenido propio a ese futuro en la misma medida en que la propia identidad y el propio proyecto eran inciertos. El tiempo de esa generación fue el presente. Un presente agobiante, carente de referentes de continuidad en un pasado propio que diera raíces y en un futuro que diera esperanza porque era posible construirlo a partir de las propias fuerzas y de las propias orientaciones.

La ausencia de respuesta a sus preguntas dificultó la construcción de una representación de sí mismos como actores y de la historia sobre la cual actuaban. Este grupo de jóvenes

intelectuales de las ciencias sociales no logró lo que tanto buscó: definir una imagen de la continuidad de la historia social de Chile a nombre de la cual pensar e impulsar una alternativa democratizadora y a partir de la cual construirse una identidad y un proyecto que fuera algo más trascendente que una mera resistencia a la dictadura.

10. La transición y el cierre de la generación

Es fácil ceder a la tentación de afirmar que esta generación no llegó a ser pues habría sufrido una derrota a la hora de definir las vías de la democratización. Es obvio pensar que el modelo de transición pactado y estatalmente dirigido significó la derrota de las tesis de democratización vía activación del movimiento social. Es obvio también que esto afectó a la generación, pues habían contribuido centralmente a la reconstitución de ese movimiento en cuyo espacio existían emocional y profesionalmente y en cuyo nombre hablaban. Pero la dificultad de constituirse de esta generación es anterior y responde no sólo a la obviedad de las dificultades puestas por el contexto autoritario, sino también como se ha discutido, responde al tipo de experiencias e interpretaciones que están en el origen mismo de la generación.

El incipiente proceso de debate generacional que existió hasta mediados de los `80 perdió su vitalidad por cuatro hechos anteriores a la definición de la ruta de la transición.

El primero es el hecho cronológico de la salida de este grupo de la universidad y la inexistencia de otra instancia que los agrupara, como lo fue el Estado y los partidos para las generaciones anteriores. Incluso la iglesia católica era un espacio que brindaba menos oportunidades luego de la renuncia del cardenal Silva. Esto significó la dispersión física, la especialización práctica en la búsqueda de oportunidades profesionales y la dedicación a las nuevas responsabilidades familiares que muchos asumieron por esa época.

El segundo es la emergencia de un nuevo grupo generacional que tuvo mayor capacidad de expresión pública gracias a la mayor apertura de los medios de comunicación y a las movilizaciones sociales de protesta. La “generación de los ochenta” monopolizó las preguntas por las nuevas generaciones surgidas durante la dictadura. Hablar de juventud era referirse a ellos. Junto a su actividad en las barricadas, y a su expresión a través del rock latino, la presencia en la dirigencia estudiantil dio a la generación del ochenta un carácter y una identidad más marcada que la de sus antecesores. Ella se transformó incluso en un objeto de estudio para la generación de los setenta post-golpe, seña de que el tiempo de sus propias preguntas había quedado atrás.

El tercero es la reorganización de la política en su forma institucional. Es el período de los acuerdos multipartidarios de la oposición. Es también el período en que la juventud de los partidos opositores comienza a ocupar los centros de alumnos y federaciones universitarias. La creciente institucionalización de la política fue también el establecimiento de una nueva temporalidad, la de la transición. Por primera vez desde el golpe, el futuro estaba en el calendario y tenía escenarios y actores relativamente definidos. En esa temporalidad quedaban excluidos los pasados recientes y remotos: la unidad popular, el golpe y las

protestas. Se trataba de pasados que operaban más bien como referentes negativos. No reivindicarlos y tratar de superarlos era la condición del pacto que haría posible el futuro.

El cuarto y decisivo fue el despertar de la generación anterior de su sueño invernal. Y lo hizo de la manera más letal para la sensibilidad de la nueva generación. Afirmando la inexistencia de la sociedad como alternativa a la dictadura. Y afirmando además que la historia transita por los pasillos de la institucionalidad jurídica y política.

“Como sea, lo cierto es que la sociedad chilena es hoy una sociedad en ruinas: una propuesta democrática, por tanto, antes que reposar sobre sus virtualidades, deberá emprender su reconstrucción. Esto no es nuevo: en Chile ha sido siempre el sistema político, en particular el Estado, el que ha constituido a la sociedad; el futuro, por tanto, no hará más que confirmar esa regla histórica.” Eugenio Tironi, *Krítica*, 26, 1987.

Pero los científicos sociales de los setenta post-golpe tuvieron poca capacidad para entablar un debate con la generación anterior que les hubiera permitido contribuir a dotar de una imagen histórica y de sociedad a la tesis estatista que sustentaban aquellos. Contra ello atentó su débil práctica intelectual, su insistencia en una imagen antiinstitucional del sujeto popular y su resistencia a los liderazgos tradicionales en política. Esa generación no supo transportar la idea histórica de pueblo al interior de la idea de sociedad de instituciones. Todo esto a pesar de que algunos percibieron claramente el problema:

“Se reconstituyó una política mucho más tradicional: un espacio político-público a la manera del pasado, sin muchos elementos de renovación que coexistió con una protesta que, siendo masiva, no tenía la permanencia ni la estructuración suficientes. Surgen los abismos, entonces, entre las propuestas políticas y la actividad organizativo movilizadota de los sectores sociales; brecha aún no plenamente resuelta.” De la Maza, *Krítica*, 26, 1987

Haber trabajado política e intelectualmente en esa brecha pudo haber sido la oportunidad para esa generación. No haberlo hecho fue su autoderrota.

Tanto por los hechos biográficos como por los hechos políticos, el paso a la segunda mitad de los ochenta significó para la generación de los setenta post-golpe la entrada a un espacio y a un tiempo relativamente ajeno. Se adaptaron a sus exigencias y contribuyeron a desplegar sus potencialidades como el que más. Pero ya no era un espacio en el que pudieran construir una identidad. Estaba muy lejos de las experiencias que los habían formado y a las cuales debían encontrar respuesta. La pregunta por la verdad, por el poder y por el sentido y eficacia de la acción tenía ahora otros tonos y emergía de otras necesidades. El nuevo espacio desafiaba la identidad de otros.

En ese nuevo espacio la generación se fragmentó aún más. Unos buscaron una identidad profesional más definida, lo que llevó a algunos de ellos a emprender sus estudios de post-gradó fuera del país. Otros rehicieron sus identidades al interior del sistema emergente de partidos políticos y se dedicaron a preparar la implementación práctica de la nueva democracia. Después han ocupado diversos puestos en la gestión del Estado, especialmente en el área de las políticas sociales y de la gestión local. Otros persistieron en la búsqueda y representación de la continuidad histórica de la sociedad que habían contribuido a

reconstruir. Buena parte de la generación se arrinconó en su única identidad posible: la de observadores de una historia definida por otros. Pero estos observadores, aunque normalmente silenciosos por su renuencia a escribir, no eran indiferentes. Ver desaparecer lo que habían ayudado a construir les produjo a muchos de ellos un fuerte desencanto.

Viviendo en un tiempo y en un espacio que experimentaban en parte como ajeno, el sentido histórico de la generación sólo permanece como un problema. Al decir de Francisco Estévez, “Estamos muy viejos para esperar un turno, y muy jóvenes como para olvidar lo que hemos sido y somos ahora, en la construcción de las comunidades de sentido en las que participamos”. Plaza Pública,

11. A manera de síntesis

A manera de síntesis, las hipótesis que guían estas notas es que la generación aludida no se constituyó como tal pues no supo dar lenguaje y conducción a la altura de los tiempos a su intuición fundacional. Ella percibió correctamente que la superación de la dictadura exigía asegurar y proyectar la continuidad de la historia social de Chile. Creyó que el poder y el sujeto del futuro era la sociedad misma. Trabajó arduamente para reconstruirla. Pero no supo reconocer los cambios que la afectaban. En parte porque asumió acríticamente una imagen romántica de sujeto popular. Esa imagen le permitía afirmar los núcleos intocados de la sociedad y asegurar con ello un punto de referencia emocional y práctico para la resistencia al sometimiento a la dictadura.

Pero al mismo tiempo le impidió hacer una relectura de la historia social que hubiera permitido reconocer el sentido y proyección de los cambios. Sin esa relectura de los procesos de la sociedad chilena le fue muy difícil saber dónde radicaba el verdadero poder de la sociedad, como interpretarlo y conducirlo. Al final se impuso la imagen del poder de la generación anterior, que era expresión de su propia identidad generacional. El poder radica en el Estado; la superación de la dictadura y la reconstrucción de la democracia debían hacerse por tanto desde ahí.

La historia de la transición, que es la historia de la generación anterior, muestra el despliegue práctico de la tesis de que el poder radica en el Estado y no en la sociedad. Su situación actual caracterizada entre otras cosas por la crisis de sentido del proyecto progresista debido a la brecha que se ha creado entre política y sociedad nos muestra también que esa tesis generacional muestra signos de agotamiento. La demanda por una nueva interpretación y conducción del poder de la sociedad está puesta nuevamente sobre la mesa.